

COLOMBIA: ENTRE LOS “JUEGOS” DEL DESPLAZAMIENTO Y EL
NARCOTRÁFICO.

DANIEL FERNANDO SÁNCHEZ HERNÁNDEZ
Departamento de Lenguas y Literatura
Universidad de Caldas
Manizales, Colombia

RESUMEN

El desplazamiento forzoso y el narcotráfico han sido los fenómenos que han caracterizado a Colombia a nivel internacional. Estas realidades han adquirido últimamente dimensiones tales que se han tejido con premura interpretaciones políticas y académicas, las cuales han incurrido mayoritariamente en apriorismos ajenos tanto al contexto actual como al necesario análisis retrospectivo de estos temas acuciantes.

Postular que el desplazamiento forzoso y el narcotráfico son movidos a partir de una “lúdica” o estrategia de poder exógenas; afirmar que tales fenómenos se remontan hacia tiempos inmemoriales tras la reconstrucción histórica desde el punto de vista del autor; especular con mesura sus dimensiones futuras: tales son, pues, los elementos de este ensayo.

ABSTRACT

Forced displacement and narcotraffic have been phenomena that have marked Colombia at an international level. Today, these facts have reached such a dimension that both political and academical interpretations have been weaved, and they have fallen into apriorities which do not belong either to the present context or to the necessary retrospective analysis of these algid issues.

To postulate that the forced displacement and the narcotraffic are promoted out of an external “play” or strategy for power; to state that these phenomena go back to ancient times after the historical reconstruction from the author’s point of view, and to speculate carefully about their future proportions, these are the aims of this paper.

I. COLOMBIA: EL PAÍS DE LAS DIÁSPORAS*

El fenómeno del desplazamiento forzoso se remonta a las hordas prehistóricas que huían de la hostilidad de las tribus, o bien ancestralmente arraigadas, o con rasgos fisiológicos y culturales más evolucionados. Es en buena parte debido a este fenómeno que se posibilitó el nomadismo y el subsiguiente nacimiento de las primeras civilizaciones. Podemos encontrar en la Biblia el primer testimonio bibliográfico del desplazamiento forzoso masivo representado por el pueblo judío, que ha experimentado diásporas que van desde su arquetípica expulsión del Edén, pasando por Babilonia y Egipto, hasta su reciente deportación a los campos de concentración nazi. Últimamente, con el surgimiento del sionismo como unidad nacional, el pueblo judío ha reivindicado su estatus territorial al pueblo palestino desde mediados del siglo XX, con el desproporcionado conflicto de aquél hacia éste perpetuado hasta nuestros días.

Existen muchos ejemplos del desplazamiento forzoso y de reivindicación étnica y cultural, como los casos de Irlanda, el país vasco, los gitanos, los tuareg, los utus y los tutsis, las etnias afganas, entre otros; pero, para nuestros propósitos, Vietnam es el ejemplo más cercano a nuestra situación actual del desplazamiento obligado.

Asediada por relevos por los chinos, británicos y franceses, Vietnam sufrió su peor ultraje extranjero a manos del gobierno de los Estados Unidos, quien estratégicamente ultimó su división en dos partes con los propósitos de experimentar en los campos, animales y seres humanos sus armas químicas en la parte norte; mientras que en la parte sur se aislaba a la población de los vietcongs (o guerrillas vietnamitas) en las eufemísticamente llamadas “aldeas estratégicas”, tan similares como peores a los campos de concentración nazi o gulag

* El ensayo *Colombia: el país de las diásporas* fue publicado en el periódico *Lumina Spargo* de la Universidad de Caldas, en la edición de marzo de 2002.

rusos. El hecho es que esta división de Vietnam dio origen a desplazamientos en su mayoría al interior del país y en raras excepciones fuera de éste, dado que sus vecinas naciones se encontraban en similares condiciones bélicas.

Aunque contextualmente distintos, los desplazamientos en las naciones de Vietnam y Colombia - la una en tiempo pretérito, y la otra en gerundio - han sido mayoritariamente endógenos, compartiendo de paso un verdugo común: el gobierno de los Estados Unidos. Para no detenerme en este último punto hartado conocido por nosotros, expondré brevemente la genealogía del desplazamiento en Colombia.

Desde la Conquista, a los indígenas sobrevivientes del genocidio a manos españolas se les engañó con el cuento de los “resguardos” hacia los cuales fueron desplazados para garantizarles una “vida mejor”, traducida en términos de explotación minera y agraria conocida bajo el nombre de la Mita; amén del famoso etnocidio perpetrado por la Iglesia. Posteriormente, los conflictos en Antioquia posteriores a la Independencia desplazaron a varios de sus habitantes hacia el sur del país, dando origen a la colonización antioqueña. También negros, zambos y mulatos bordearon las selváticas zonas de la costa pacífica al huir del ominoso trato infligido por los señores feudales criollos. A comienzos del siglo XX, la guerra de los Mil Días - en la que, se rumora, el Vaticano auspició tras la expropiación de tierras y edificaciones eclesiásticas por parte de Tomás Cipriano Mosquera - aportó su cuota de desplazados hacia diversas zonas del país aún inhóspitas, al igual que las disputas entre godos y cachiporros, y el nacimiento de la guerrilla con “Sangre Negra”, “El Mosco” y “Tiro Fijo”. Se puede apreciar que, hasta esta época, el campo de batalla era sólo rural.

Era fácil en ese entonces ser desplazado de una tierra para llegar a otra y “volver a empezar”, pues el territorio colombiano era tan vasto y baldío que el dedo índice del colono bastaba como título de propiedad. Con razón nuestros abuelos dicen que en sus épocas “hasta los barrancos daban comida”; pero, con todo respeto, se equivocan al comparar su pasado con el paraíso terrenal, donde las balas eran sólo para los animales de monte, el

fuego para hacer de comer, las lágrimas para los púlpitos y la filosofía para rellenar colchones. En Colombia siempre ha habido violencia, aunque, hasta la década de los años ochenta, era sectorizada y afectaba más a unas regiones que a otras.

Y digo “hasta la década de los años ochenta”, porque a la guerrilla y al ejército se aúnan nuevos agentes de violencia como el paramilitarismo y el narcotráfico. En esta época se sistematizan los asesinatos de profesores, abogados, periodistas, sindicalistas y estudiantes que en su momento asumieron el riesgo de tener la razón; y el vaivén del “oro blanco” trajo consigo carros-bomba, masacres y muchos dólares que explicitaron el intervencionismo del gobierno estadounidense hasta su última versión, a saber, el Plan Colombia.

En estos días donde hace ya cuatro siglos el progreso técnico prometió a los hombres ocio eterno y bienestar universal, puede hablarse, sin comillas ni eufemismos, de guerra en el sentido lato del término, porque la violencia ha hecho metástasis en todos los rincones del país, incluso a nivel internacional. Los países vecinos al nuestro aguzan sus miradas hacia las fronteras.

Ante esta *metástasis bélica*, se han entablado mesas de diálogo en las que se exigen, aparte de garantías para no terminar como los amnistiados por los gobiernos anteriores (quienes vendieron su alma a las llamadas “fuerzas oscuras” por un taxi, una parcela o una tienda de abarrotes), reformas sociales a un Gobierno que sólo acata órdenes exocráticas, al igual que ciertas razas caninas cuando únicamente escuchan la voz de su amo. Y mientras se sientan y paran de la mesa, los del Norte piensan en la manera de finiquitar el escape de capital de sus arcas ocasionado por el narcotráfico, sin perjudicar, claro está, el negocio de las armas, los insumos químicos y las concesiones que nuestros gobiernos han cedido con la más abyecta sumisión.

Pero, para finiquitar lo uno sin perjudicar lo otro, es necesario *hacer de la guerra un juego* en el que, más inconsciente que conscientemente, tanto los actores armados como los civiles somos parte de éste: los unos juegan a ser grandes compradores de armas e insumos

químicos, mientras que los otros jugamos a los muertos, oprimidos y desplazados. En cuanto a las concesiones, me imagino que es más fácil cubrirlas con un plástico antiséptico para arrojar desde los aires bacterias y virus transgénicos, que reclutar a los hijos de los padres de familia norteamericanos quienes, desde Vietnam, no están dispuestos a cederlos.

Más bien envían armas insufladas de “paquetes de ayudas” cuya tecnología, si no experimental, al menos le ha quedado grande a la milicia en el momento de matar a distancia a lo que ellos ven desde las pantallas como emanaciones calóricas infrarrojas de cuerpos que bien pueden ser o un guerrillero, un paramilitar, un mismo soldado - porqué no -, un secuestrado, o, simplemente, un niño campesino huyendo de las ráfagas aéreas y bombas de quinientas libras.

El fenómeno del desplazamiento forzoso hace también parte de ese gran juego, ya que las tierras que muchos campesinos han debido abandonar son “coincidentalmente” de gran potencial minero y biológico. Esto es, se debe crear un conflicto en una región predeterminada por los potenciales mencionados con el fin de volverla baldía, no para nuestros nuevos colonos, sino para los colonos transnacionales. No nos sorprendamos que dentro de algunos años hayan ruidosas industrias donde hoy hay sangre y cenizas. Y el “residuo” de este juego son, lo reitero, los desplazados.

Si los autoexiliados a otras naciones son cientos, nuestros desplazados a nivel endógeno se cuentan por millones. Caravanas de familias desplazadas encuentran en la actualidad como centro de colonización las instituciones educativas, deportivas, pero no las eclesiásticas porque los templos son la casa de Dios, y no la de sus desgraciados feligreses; o, en el “mejor” de los casos, los cinturones de miseria de las ciudades a la espera de ser alargados. Y se prenden velas, se visten de blanco, se liberan palomas, se sacuden banderas, se hacen marchas y se celebran misas con toda la pompa del caso, mientras los millones de desplazados hacia nuestras periferias metropolitanas se retuercen en silencio de hambre y enfermedades. No se puede sublimar el espíritu cuando el cuerpo es ultrajado.

Nuestros desplazados se han convertido en colombianos sin patria o, peor aún, en extranjeros en su propia nación: despreciados por quienes algún día alimentaron desde sus parcelas, explotados por quienes buscan mano de obra barata, codiciados por quienes son proxenetas y trafican desde órganos hasta drogas, exterminados por quienes se arrogan el título de “aseadores sociales”... Si leemos el *Génesis* de la Biblia desde una perspectiva heterodoxa, el ser humano comenzó a ser desplazado por su propio Creador.

Y la lapidaria maldición del “Mono Jojoy” en cuanto al traslado de la guerra hacia las ciudades - con los desplazados como cortina de humo - no hará muy promisorio un porvenir para quien ha escrito este ensayo y quien en este momento lo está leyendo.

II. EL FENÓMENO DEL NARCOTRÁFICO: ENTRE AGENTES Y PACIENTES.

Si nos atenemos a la etimología del término *narcotráfico* como el *tráfico de sueños*, se interpreta que este fenómeno se remonta a las épocas prehistóricas donde el imperante *ensayo-error* del curioso *homo sapiens*, en su exploración entre *lo alimenticio* y *lo curativo*, tal vez pudo haberle llevado a un tercer ámbito exploratorio no ya metabólico sino psíquico, *lo alucinógeno*. Luego los hombres se cansaron de andar de aquí para allá en busca de alimento: y esparcieron semillas para que surgiera la agricultura, cercaron las fieras para domesticarlas y servirse de ellas, modificaron sus lechos con instrumentos labrados para hacerlos más habitables; en fin, *cosmizaron* un pedazo de tierra para empezar a hacer *cultura*. En la medida en que el sedentarismo era más agradable que el nomadismo, los hombres comenzaron a ser tanto más curiosos por preguntarse por las cosas vueltas acciones y viceversa (más tarde a eso le llamaron “devenir”), como también por explorar el hecho de que se sintiesen especialmente distintos a los animales y las plantas. Surge pues la *religión* como tentativa de respuesta a lo incontestable en los hechos pero percible en el Ser, tejiéndose a su alrededor toda una red de rituales congregatorios en los que las *plantas alucinógenas* - o, en su acepción actual, *enteógenos* - hacían el papel de *vehículos hacia el Óntos*.

Dando zancadas sin la intención de atropellar la historia, Grecia y más tarde todo el mundo occidental se resistían a alucinarse con el vino y los discursos de su religión; y entonces pudo haber sucedido que Odiseo, Heródoto, Marco Polo, Alejandro y Carlo Magno hayan traído entre sus cargamentos de fábulas, esclavos y riquezas, uno que otro saco exótico de opio y marihuana para hacer soportable la racionalidad. Entran luego por las puertas de los templos, monasterios, palacios y castillos estas extrañas plantas que, o bien pudieron haber danzado con la tinta y la pluma de las que surgieron todas esas grandiosas obras escritas y musicales, o alimentaron aún más la soberbia de los conquistadores.

Éstos últimos, los conquistadores, se desplazaron como langostas hacia el más grande chiripazo de todos los tiempos, América; y es allí donde se aprendió sistemáticamente a hacer dinero con los alucinógenos: la coca convirtió a los precolombinos en mitayos o esclavos de las minas; y los latigazos, en cristianos. Y mientras tanto, los jesuitas trajeron a nuestro continente lo que hasta hace poco era el bien remunerado producto nacional por excelencia, el café; en cuanto a la marihuana, aún quien escribe estas palabras está por especular si fue traída por los piratas, mercaderes hindúes, o si sus semillas se enredaron por accidente, desde el país de Buda, en los ropajes de algún misionero...

Lo cierto es que en la Europa del siglo XVIII, la Ilustración comenzaba a ilusionar a los hombres con un continuo progreso técnico tendiente al ocio y felicidad eternos; pero tras bambalinas empezaba, por un lado, a dividir la sociedad en los discursos de *lo legal* y *lo ilícito*; y por el otro, a asociar *lo alucinógeno* - incluyendo a su paso lo sexual, lo pagano y lo onírico - con *lo inmoral*, *lo anti-social* y, últimamente, con *lo perjudicial para la salud*. Entretanto, la América de ese mismo siglo particularmente experimentó esta última faceta poco mencionada de la Ilustración: Si en Europa se comenzaba a dudar de que quien se masturbaba se volvía loco, en América se sentaba como verdad - al menos entre la burguesía y los feligreses rasos - que quien tomaba chicha se volvía "meme". Y, bajo esta "justificación", los inspectores del Nuevo Reino de Granada iban de casa en casa rompiendo cuanto calabazo u olla de barro contuviese el "vino de los pobres"; para saber hoy en día que esto se debió a que los españoles percibieron en el comercio de la chicha un escape de tributos hacia la Corona... ¿Por qué la verdad se sabe en el futuro, mas no en el presente?

Pero, además, a los españoles les preocupaba que en torno a la chicha giraba un espacio intelectual de insurrección hacia el Reino: Bolívar, Nariño y otros próceres avivaban sus espíritus independentistas, en la bullaranga del festivo repique de los tiples y el grito herido de los trovadores y las comadres en algún tugurio remoto, al vaivén de la totumas rezumantes de chicha. Incluso este fenómeno se puede apreciar en la Bogotá de los años

cuarenta, cuando Gaitán y sus militantes lanzaban arengas hacia el populacho de barrios como la Perseverancia, hoy famoso por los exquisitos encuentros anuales de la chicha.

Llegamos pues al mundo contracultural de los años sesenta, en el que las nuevas generaciones de jóvenes intelectuales estaban hartas de tantas guerras y tanto *snob*. Es la época del “destape” ejemplificada con hechos tales como la exhibición que unas jóvenes mujeres hicieron de sus senos al filósofo Theodor Adorno, para demostrar que el cuerpo como tal expresa su propio lenguaje sin la necesidad de densas disertaciones en torno a él; como también los actos de “desobediencia” académica y social promovidos por personajes como Timothy Leary y Aldous Huxley al promover a cuatro vientos el consumo de psicotrópicos naturales como el soma y el mezcal, y sintéticos como el “Deaner” y el LSD, quizá con la ilusión de enfrentar la existencialidad con lo metafísico. Se hace también para este tiempo más explícito aún el discurso médico-jurídico en contra de las drogas alucinógenas, y se despliega una campaña publicitaria tal que se culpó a la marihuana de ser causante del hermafroditismo.

Mientras que nuestros entonces jóvenes padres, gobernantes y maestros disfrutaban de un “porro” contemplando la danza de la candela o la caída de las aguas, en los campos colombianos florecían dos plantas que se disputaban la preferencia entre sus ávidos consumidores, la marihuana y la coca. Y al despertar la juventud de su letargo de liberación en el ocaso de los 70’s, comienza esa bonanza cocalera que levantaba fastuosas mansiones y también derrumbaba bosques.

En las calles de los países industrializados, el Sida, la cocaína, el crack y la heroína iban cogidos de la mano al son del rock, la música disco y, básicamente, los graves problemas sociales de la globalización capitalista que posibilitaron el traslado de la violencia de los campos hacia las zonas urbanas. En el caso de Colombia, la *guerra urbana* tuvo inicialmente como motor pecuniario la moneda verde traída desde el Norte por la empresa del “oro blanco”; moneda ésta que paradójicamente “metropolizó” las ciudades y arrojó a los cementerios y arterias fluviales a muchos campesinos, sindicalistas, periodistas,

maestros y estudiantes que se atrevieron a “hablar más de la cuenta”. Este escape de capitales producto del narcotráfico encolerizó en especial al Gobierno norteamericano al comparar datos como, por ejemplo, que de cien pesos que ganaban con las concesiones petroleras, perdían doscientos con el consumo de la cocaína.

Comienza en los noventa el despliegue bélico en contra del narcotráfico, a la par con el progresivo debacle económico del país a causa de las descontextualizadas políticas neoliberales, los elevados índices de corrupción y el imparable endeudamiento externo. Estos motivos fueron, a criterio de quien ha escrito este ensayo, inteligentes estrategias para arrastrar una gran cantidad de desempleados, oprimidos y resentidos hacia las filas tanto subversivas como anti-subversivas; pues con hambre y dolor a cualquiera se le puede lavar el cerebro con una ideología.

Más o menos a mediados de los noventa hacia acá, el fenómeno del narcotráfico - que ha enriquecido a pocos, y enlutado a muchos - es una oscura estrategia que a todos nos está saliendo caro por diversas razones:

1). Colombia está dejando de ser “victimaria” para pasar a ser víctima de las drogas. Toda una miscelánea de drogas sintéticas como el éxtasis y los “ácidos” importadas desde Norteamérica y el Viejo Continente está plagando los ambientes ciudadanos, con las fiestas de música electrónica tristemente ultrajadas como espacios de comercialización; caso análogo al satanismo (¡sólo como comentario de paso!) utilizado como cortina de humo del tráfico de órganos humanos. Así pues que Colombia está zozobrando hoy entre el binomio agente-paciente del narcotráfico.

2). La apertura económica o los confusos tratados internacionales en letra menuda en torno a la importación incondicional de productos agrícolas y manufactureros, y las largas cadenas de abusivos intermediarios han obligado a muchos campesinos a recurrir a los denominados cultivos ilícitos como fuente de subsistencia. En el juego del narcotráfico, el campesino cumple el papel de fuente de ganancias al dinamizar la industria de los insumos

tanto para la elaboración como para la erradicación de dichos cultivos, y a la vez de víctima de los beneficiarios de esas ganancias al recibir a cambio desplazamiento forzoso y balas, que a su vez constituyen una inmensa industria bélica. El campesino “ilícito” cumple la doble función de ser sujeto de ganancias para otros, y objeto de exterminio por esos mismos otros.

3). Principalmente en torno a la coca, se ha creado en las regiones donde se cultiva una *cultura cocalera* tan arraigada que, entre otras cosas, hace ineficaces los programas de sustitución de cultivos y creación de microempresas. Con tan sólo observar el ambiente de poblaciones tradicionalmente cocaleras como la Hormiga, en el departamento de Putumayo, la coca - mucho más que el petróleo - hace parte de la cotidianidad de los habitantes. De allí que ha sido un fracaso el exorcismo químico-bélico del Plan Colombia hacia el “alma cocalera” de varios de los putumayenses.

4). Si como sabiamente está escrito en la envoltura de las aromáticas de coca elaboradas por los indígenas Paeces del Cauca, “ni la uva es vino, ni la coca es cocaína”, es también cierto que las plantas alucinógenas dejan de ser enteógenas cuando se les desliga de su contexto ritual. Para un inglés sensato del siglo XIX, era muy distinto fumar opio en una barca sobre las aguas del Ganges, a consumirlo en un sórdido burdel londinense. Este caso es igualmente comparable al que se observa en lugares como nuestras universidades: es diferente tomarse un trago amargo de quién sabe qué menjurje elaborado por un bribón emplumado y con saya, con el engañoso propósito de “sanear” el alma, a beber *ayawasca* o *yahé* en el ritual del Yuruparí, donde el tiempo es un *continuum* y la indescriptible disolución de la *psique* humana en la naturaleza esteriliza las descripciones antitéticas que se nos han dado sobre ésta. Se está asistiendo fatalmente a una *desenteogenización de lo alucinógeno*.

5). Hoy en día, ese “pudor” en contra de las drogas alucinógenas ha pervivido en el seno social debido a su asociación con el discurso médico. Pero en Colombia aún persisten esos “prejuicios macondianos” que asocian al peludo, al artesano nómada y al estudiante de artes

y humanidades con los drogadictos o manchas de la sociedad que las “fuerzas oscuras” están dispuestas a limpiar, si la brutalidad regional así lo exige. Y, por su parte, una legión de médicos, trabajadores sociales, sicólogos y demás seudónimos de la ortopedia social, se ha encargado de separar al drogadicto de su “parche” para rehabilitarlo, a fuerza de terapias y frases efectistas, e irónicamente devolverlo al seno social de su adicción. El problema más grave es que la *reincidencia* es un pecado que aquí se paga caro: son la cárcel, el retorno al centro de rehabilitación si se tiene dinero o, comúnmente, los basureros de cuerpos y los cementerios de objetos, los lugares reservados por esta sociedad racista para los adictos reincidentes que ella misma ha perpetuado. ¡Qué descaro el nuestro: tras de víctimas racistas!

6). Entre los puntos del Acuerdo del Libre Comercio entre las Américas (ALCA) está contemplada la erradicación directa de los cultivos ilegales con un hongo o micobacteria genéticamente modificado el cual, según los ponentes de la iniciativa, podría constituirse en un “arma limpia” al evitar los usuales daños inmediatos causados por medios químicos. Empero, este hongo llamado *fusarium oxysporum*, junto con otras cepas o versiones derivadas de él, sería un arma biológica incontrolable a posteriori por el hecho de ser un organismo en constante evolución y, por ende, de fácil adaptabilidad medioambiental; lo que haría que el poder destructivo de dicho hongo pueda extenderse a plantas nativas y sativas, trayendo como consecuencia mutaciones genéticas o irreversibles daños intergeneracionales al interior de la fauna y las comunidades no solamente indígenas. No es tampoco remoto pensar tanto en la posibilidad de introducir virus y micobacterias “antidrogas” dentro de semillas utilizables en los Programas de Sustitución de Cultivos Ilícitos, como en un posterior genocidio equiparable al de los indígenas tras la llegada de los españoles con sus plagas bíblicas traducidas en tifus, viruela, enfermedades venéreas, entre otras.

Bien, pero ¿qué soluciones adoptar para el problema del narcotráfico, si las hay? La respuesta a esta pregunta, si pretende ser *de facto*, conlleva a la siguiente cuestión de fondo en la que los “actores” entran en escena. ¿A quién “atacar”? ¿A la guerrilla o al

paramilitarismo? ¡No!, pues ellos hacen parte del juego. ¿A los campesinos “ilícitos”? ¡Jamás!, pues no hay argumento, ni filosófico ni nada por el estilo, que suprima el hambre de estos desgraciados seres humanos. ¿A los políticos? ¡Tampoco!, pues la esencia misma del poder es indiferente a los cuerpos que en su momento lo detentaron, mas si esos “cuerpos” son movidos a nivel exocrático. ¿A los propios narcotraficantes? ¡Quizá!, pero, en Colombia, la actual estructura molecular del narcotráfico hace tan imposible hablar en términos de un “Capo” a lo Pablo Escobar, que dicho negocio se ha convertido en algo así como una “cosa” pública. Detengámonos un poco en este punto: se ha sabido que los narcotraficantes latinos se encargan de la producción, y expendio de estupefacientes tan sólo en sus países de origen. Se llega a otro asunto espinoso en lo tocante a la narco-distribución en los países industrializados, pues es allí donde hay otro tipo de narcotraficantes encargados de este lucrativo oficio de la distribución alucinógena entre pandilleros y personajes de la alta farándula. Entonces, se pregunta uno, ¿es que, al igual que el mítico “Pablito”, no hay un Capo quizá gringo?; o, si lo hay, ¿desde qué escaño político (tal vez demócrata o republicano) ejerce esta narco-distribución que le deja un 85% de ganancias, y un 15% al productor, ése sí, altamente perseguido?... En fin, ¿se debe “atacar” a los consumidores? ¡Menos aún!, pues es la misma estructura social la que crea adictos y no - como se nos ha pretendido hacer creer desde el discurso sociobiológico - cierta predisposición genética a la drogadicción; y si así fuera, ¿el mundo sería mejor al deshacerse de sus genes “socialmente defectuosos”?

Queda, pues, un último as bajo la manga: ¿se debe “atacar” el fenómeno del narcotráfico desde el mercado de los insumos químicos y las armas? ¡En buena parte, sí!, ya que son las industrias químicas y bélicas las que en el fondo mueven ese inmenso carrusel del narcotráfico. En las conferencias internacionales antidrogas, se sataniza a Colombia y por ahí derecho a sus habitantes de ser los productores por excelencia del “polvo blanco”, pero existe un extraño silencio en cuanto al descontrolado embarque de insumos químicos y armas desde los puertos de los países acusadores. ¡Que se les culpe a quienes, bajo el nombre de Monsanto®, dañan bosques, desplazan familias, exportan “mulas”, matan a civiles y corroen nuestro nombre ante el mundo con químicos base para la cocaína como el

éter, y en retribución a ello, laceran a muchos de nuestros compatriotas con defoliantes tales como el Glifosato, y otros poco mencionados como el Tebutairol, el Cosmoflux y demás tóxicos de lo viviente cuyos efectos pueden hablar por sí solos en el torso de un niño y los ojos de un anciano del sur del país! ¡Que además se les culpe a quienes, bajo el nombre de “guerra global contra el terrorismo”, nos tienen a todos los colombianos en esta creciente metástasis bélica! O, si es que tanto les duele el escape de capitales a causa del narcotráfico, ¡que siembren coca y amapola transgénica en Disneylandia y los Alpes! Como van las cosas, no tendremos nada que envidiarle ni a los afganos, ni a los palestinos.

Empero, la solución no estriba en hacer señalamientos panfletarios, sino en sugerir *la legalización multilateral de las drogas y la enseñanza mediante el ejemplo responsable de su consumo adecuado*. Los hechos demuestran que las políticas antidrogas de erradicación van un paso atrás de la expansión de cultivos ilícitos y el *modus operandi* de sus laboratorios de procesamiento. Así mismo, cuando se toca en los estrados judiciales la despenalización - y por ende la legalización - del consumo de estupefacientes, siempre se percibe en los argumentos en contra “el qué dirán” los países del mundo cuando se tome tal decisión en el nuestro. Otro tanto va para el discurso médico: si bien es cierto que hay drogas más nocivas que otras, es reprochable que la enseñanza de este principio esté basada en el terror tanto somático como moral, lo cual ha creado todo un mundo más hiperbólico que realmente informado en torno a las drogas.

Pasemos a descomponer esta propuesta en dos preguntas: *¿Qué es legalizar multilateralmente las drogas?* Respuesta: que todos los países adopten en sus Constituciones la legalización no sólo del consumo (ya que los problemas sociales con respecto a la adquisición de alucinógenos seguirían vigentes), sino también de la producción a escala industrial de todo tipo de estupefacientes tendientes a minimizar los riesgos psicosomáticos en los consumidores. Con esta acción de conjunto se derrumbaría todo el actual inframundo clandestino de las drogas, y se evitaría la estigmatización de los países que castigan hacia los que con madurez política legalizarían la producción-consumo de alucinógenos. Pronto será leyenda lo que hoy es un pasado donde los padres de nuestros

abuelos sembraban tabaco bajo las matas de plátano y los palos de café, y además destilaban aguardiente o “tapetusa” en los más recónditos alambiques; todo esto a escondidas de los inspectores de la ley, la salud y la moral, a saber, el policía, el boticario y el párroco. Y lo que hoy es un sueño pronto será un hecho cuando se les permita drogarse barata y saludablemente a esos millones de seres humanos anónimos quienes, en su patética soledad, en su penosa enfermedad terminal, en su decepción laboral o amorosa, pretenden buscar un alivio - ilusorio para nosotros, necesario para ellos - o, simplemente, darse una pequeña “escapadita” de esa realidad ensimismada en el “qué debes” y “qué no debes” consumir.

Uno de los problemas de la legalización de la producción-consumo de drogas alucinógenas sería su tránsito sociojurídico de lo ilegal a lo legal. Genealógicamente puede observarse que dicho tránsito en las actuales “drogas sociales” – alcohol y tabaco - se debió a la supresión del brutal inframundo social y económico que giraba bajo una dura restricción legislativa que en la práctica era, al igual que las actuales restricciones, de doble moral: no es un secreto para nadie que la vieja maña de disminuir fondos públicos por parte de inspectores de rentas que se lucraban al permitir discretamente el tráfico de alcohol destilado o “tapetusa” , es proporcional al motor económico de hoy que progresivamente patrocina desde el “arreglo” de encuentros deportivos hasta el ascenso a diversas curules políticas y administrativas. Y esa doble moral que, en el fondo, es un gran obstáculo para la implementación de tal iniciativa proviene tanto de la oscilante eficacia práctica del aparato legislativo sólo funcional bajo presión de las famosas “decertificaciones económicas”, como también a la actitud hipócrita y represiva de nuestro sistema cultural que confunde “defensa moral de la sociedad” con ignorancia crasa.

Pero sin dimensionar las consecuencias sentimentales para los futuros románticos de “trillarlo” y “pegarlo” (son tan sólo dos expresiones del vasto lenguaje de la marihuana), ¿qué pasaría si la industria, en lugar de abaratar, acrecentara los costos actuales de los estupefacientes? ¿Sería conveniente el acceso equitativo o la estatalización de todos los

dispositivos alucinógenos? El autor no quiere que sus hijos vivan en un mundo socialmente narcotizado y políticamente más dócil de lo que es en la actualidad.

En cuanto a la segunda pregunta derivada de esta propuesta descabellada (“descabellada” en tanto que inconveniente para quienes se lucran de esta *narcóludica*), a saber, ¿enseñar mediante el ejemplo responsable el consumo adecuado de drogas alucinógenas? Con esto el autor no quiere decir que se presencien en las pantallas y centros educativos a un marihuano con *rictus*, un cocainómano con *delirium tremens*, o a un heroínómano refugiándose de los dragones. Hacer una *pedagogía de las drogas* es enseñar qué tipos de drogas pueden ofrecer los efectos deseados con el mínimo posible de riesgos corporales y psíquicos. Recordemos que este ensayo partió del curioso *homo sapiens...* y algo de curiosos hay en cada uno de nosotros. Por más racional que sea, todo ser humano ha deseado sentir la sensación de, por ejemplo, jugar mentalmente con las formas de la materia, de ver ratones devorando la luna, de sacarle más gusto a lo que más nos gusta, de enfrentar desde la alucinación nuestros deseos vueltos temores - y éstos, aquéllos -, de ser en últimas más subjetivos que el *cogito* cartesiano. Hay escondido un “niño” en cada hombre, y ese “niño” se aprende a explorar con cautela a través del manejo consciente de las drogas.

Llámesese como se llame, la guerra es ciega y connaturalmente bruta. Tan bruta ha sido que para arrancar una mata de coca o esparcir un litro de defoliante tiene que matar a un campesino o a un consumidor; y sus defensores gritan a cuatro vientos que la guerra o lucha contra las drogas persigue mantener una sociedad sobria o, en realidad, una masa amorfa de entes cuyo dinero circule dentro de los monopolios autorizados. Y esa masa amorfa llamada la “sociedad de consumo” es igual de ignorante a su madre, la guerra: cree que es estadística y socialmente diferente alguien quien muere por sobredosis de alcohol que por consumo excesivo de “éxtasis”; pero ignora que el “bienestar social” promovido por las políticas antidrogas es apenas una falaz etiqueta que oculta la desmesurada muerte de no-consumidores en comparación con la de consumidores. Se da entonces un utilitarismo inverso basado en la muerte de muchos como garantía del “bienestar” de pocos.

La historia ha sido en varias ocasiones un penoso combate entre la moral de pocos vuelta ley, y el instinto de muchos transformado en clandestinidad. Dejemos al fin que a cada quien se le brinden las adecuadas formas alucinógenas de tomarse unas vacaciones de la realidad; de alcanzar por un instante la virtuosidad, ya que no se pudo con la autoflagelación y el ascetismo; o, como ofrece Huxley con el imaginario *soma* a los habitantes de su irónico *Un mundo feliz*, de experimentar el cristianismo pero sin lágrimas.

Esto no es cuestión de advenimientos mesiánicos, es sólo cuestión de desinterés y de una holista percepción moral de lo humano. Tal vez a eso los decimonónicos han llamado *filantropía*; y los hermeneutas, *otredad*.